

F 1230

P 7

V. 2



FONDO EDITORIAL
VALVERDE Y TELLEZ

W. E. PRESSOTT

TRADUCCION DE J. ZAFARRO

TOMO II

LIBRO II

883801

LIBRO II

TOMO II

LIBRO II.

CAPITULO I.

DESCONTENTO DEL EJERCITO.—ESPIAS TLAXCALTECA

—PAZ CON LA REPUBLICA.—EMBAJADA DE MO-

TEUCZUMA.

(1519.)

Deseoso Cortés de esparcir el terror del nombre castellano persiguiendo sin cesar al enemigo, al día siguiente de haber enviado la nueva embajada á Tlaxcalan, se puso á la cabeza de unos pocos de caballería, para secorrer los paises inmediatos. Estaba á la sazón enfermo de calentura,¹ y tanto esta como una purga que habia tomado, apenas le de-

1 El efecto de la purga, no obstante que habia sido tomada en dosis excesiva, segun dice el mismo Bernal Diaz, se suspendió durante aquella expedición; lo cual no tiene Gomara por milagro, aun que así el P. Sandoval. (Hist. de Carlos V. tomo I, pag. 127.) Solís despues de un escrupulísimo exámen de esta árdua materia, decide la cuestión (cosa que parecerá estraña, ¡contra el padre Sandoval Conquista, lib. 2, cap. 20.

000392

jaban fuerzas para tenerse en la silla. Era fragoso el país y corrían de las heladas cumbres de las montañas, vientos tan penetrantes que traspasaban el ligero vestido de las tropas y crujían á caballos y ginetes: cuatro ó cinco de los primeros se enfermaron, y el general temiendo no fuesen á perecer lo^s mandó otra vez al real. Los soldados desalentados por aquel mal agüero, quisieron disuadir al general de que prosiguiese; pero éste les respondió: "que peleaban bajo la bandera de la cruz, y que Dios es mas fuerte que la naturaleza;"¹ con lo que continuaron su marcha.

Llegaron á países en que se ofrecían los variados objetos que otras veces: áridas colinas y cultivadas llanuras, cubiertas en abundancia de lugarejos [y ciudades, algunas de ellas situadas en la frontera ocupada por los otomíes. Siguiendo la máxima romana, perdonaban á los enemigos que se sometían sumisamente, y por el contrario, ejercían completa venganza contra los que les oponían resistencia, y siendo éstos muchos, dejaron señalado el camino por el incendio y la devastación. Después de una corta ausencia regresaron á su campamento, cargados del botín de su provechosa expedición. Habría sido mas honroso para Cortés, no haberse conduci-

¹ "Dios es sobre natura." Relacion segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 54.

do con tanto rigor; pero Bernal Díaz imputa aquellos excesos á los indios aliados, á quienes era imposible contenerse en medio de la embriaguez de la victoria.¹ Que se imputasen á quien quiera que fuese, poco cuidado daba al general, quien en una de sus cartas al emperador Carlos V, confiesa que como peleaba bajo la señal de la cruz, y por la verdadera fé y en honra y servicio de Sus Altezas, el cielo coronaba con el triunfo sus batallas, en las que morían multitud de infelices, y muy poco padecían los cristianos.²

Los conquistadores cristianos, si hubiéramos de juzgar por sus escritos, no obraban por ningun motivo mundano, sino que peleaban como soldados de la Iglesia defendiendo la santa causa del cristianismo; mas lo raro no es eso, sino que del mismo modo piadoso los juzguen casi todos los escritores nacionales de tiempos posteriores.³

¹ Hist. de la Conquista, cap. 64.—No así Cortés, quien confiesa descardamente que "quemó diez pueblos." (Ibid, pág. 52.) Su reverendo comentador, especifica las ciudades indias destruidas en aquellas expediciones. Viages, págs. IX, XI.

² La famosa bandera del Conquistador, con una cruz por divisa, todavía se conserva en México.

³ "E como traíamos la bandera de la Cruz é empuñábamos por nue tra fé y por servicio ae vuestra Sacra Magestad, en su muy real ventura nos dió tanta victoria, que les matamos mucha gente sin que los nuestros recibiesen daño alguno." Ibidem, ubi supra.

⁴ "Y né cosa notable, exclama Herrera, con cuánta devoción y humildad volvían todos alabando á Dios que tan milagrosas victorias les dába; de donde se conocía claro que los favorecía con su divina asistencia."

A su regreso al campamento, encontró Cortés nuevos motivos de disturbio y descontento entre los soldados. Su paciencia se había agotado por los rigores y fatigas á que se habían visto sujetos y cuyo término no alcanzaban á ver. Las batallas que habían ganado contra tan tremendos enemigos; no habían mejorado su condicion ni en un áspice: "veían como cosa de risa," según dice el soldado viejo tantas veces citado, "su llegada á México,"¹ y la perspectiva de una guerra interminable con el pueblo feroz entre el cual estaban arrojados, les infundía profundo terror y desaliento.

Entre los descontentos había algunas de esas personas vanas y frívolas de las que se encuentran en todo campamento y que como ligeras brújulas salen á la superficie y se hacen visibles á la menor revuelta. En su mayor parte eran del antiguo bando de Velazquez y tenían posesiones en Cuba, sobre la cual arrojaban una mirada mas y mas triste conforme iban alejándose de ella. Aguardaban al general, no para hacerle un motin, pues todavía se acordaban de la dura leccion que les había dado en Villa Rica, sino para rogarle como á su hermano y compañero de aventuras.² Este tono

1 "Porque entrar á México, teníamoslo por cosa de risa á causa de sus grandes fuerzas." Cap. 66.

2 Bernal Diaz rechaza con indignacion el cargo de que aquello fuese un motin, como Gomara lo califica. "Las palabras que le decían eran por vía de aconsejarle, y porque les parecia que eran bien

de familiaridad sentaba perfectamente al espíritu de igualdad con que se veían recíprocamente unos á otros, todos los que habían tomado parte en aquella empresa.

Dijéronle que sus padecimientos no eran para ser soportados por mas tiempo: que todos habían recibido una herida, y la mayor parte, dos ó tres: que desde que habían salido de Veracruz habían perecido ya de esta, ya de otra manera, mas de cincuenta, que si una bestia de carga tenía una vida mas fatigosa que la suya, pues siquiera la primera, cuando llegaba la noche se entregaba al descanso; pero ellos combatían y velaban de dia y de noche: que en cuanto á conquistar México era locura solo pensarlo, porque si la republiquilla de Tlaxcalan les había hecho tanta resistencia ¿qué no sería de temer del gran imperio de México? Que ya que había una tregua de paz, querían aprovecharla volviéndose á Veracruz, bien que la flota había sido echada á pique; por cuyo acto de audacia sin ejemplo ni aun en los anales de Roma, el general era responsable de la suerte del ejército entero: finalmente, que aun quedaba un buque, que se podía enviar á Cuba á pedir refuerzo y que luego que éste llegase quizá

dichas, y no por otra vía, porque siempre le siguieron muy bien y lealmente; y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen á su capitán, y mas si se ven tan trabajados como nosotros andábamos." Ibid, cap. 71.

se pondrían en aptitud de emprender nuevas operaciones militares con alguna esperanza de buen éxito.

Cortés les escuchó, sin que se mostrase en su semblante la menor turbación, y en vez de contestarles agriamente ó de desechar sus súplicas, les replicó en el mismo tono de familiaridad soldadesca, que ellos habían afectado. Díjoles que había gran fondo de verdad en lo que acababan de decirle: que los trabajos de los españoles eran grandes, mayores que los de ningún héroe griego ó romano; pero que tanto mayor sería también la gloria que les cupiese: que muy á menudo se había llenado de admiración al ver á aquel puñado, circundado de millares de bárbaros, y que conocía que solo los españoles eran capaces de triunfar de tan formidables enemigos; sin que pudiese menos de creer que les ayudaba el brazo del Altísimo; que ¿cómo podían desconfiar de seguir contando con su auxilio, cuando por su causa combatían? Que ciertamente había sido trabajosa su vida; pero que tampoco debían aguardársela de ociosidad y pasatiempo, pues ya en otro tiempo les había dicho que la gloria solo era recompensa de la fatiga y el peligro, en el que le harían la justicia de confesar que había tenido su parte (que era muy verdad, añade el historiador que oyó y refiere este diálogo). Continuó diciéndoles: si bien hemos encontrado riesgos, siempre

hemos salido victoriosos: aun en este momento, la abundancia que hay en nuestros reales, es debida á nuestros triunfos: en breve veremos á los tlaxcaltecos implorando humildemente nuestras paces; demás que es imposible retroceder, porque hasta las piedras se alzarían contra nosotros, y los triunfantes tlaxcaltecas nos arrojarían hasta las orillas de las aguas. ¿Cómo reirían los mexicanos al ver en qué vinieron á parar nuestros fieros y vanaglorias? Nuestros primeros amigos se tornarían en enemigos nuestros, y los totonecas para desarmar la venganza de los aztecas, de quienes ya no podemos defenderles, se unirán al alzamiento general. No nos queda otra esperanza sino continuar nuestra marcha: yo os ruego que acalleis vuestros nimios temores, y que en vez de fijar vuestras miradas en Cuba, las fijéis en México, ese grande objeto de nuestra empresa.

Mientras pasaba esta conversación, fueron llegando algunos otros soldados y circundando al general: los primeros, alentados por la presencia de sus camaradas y por la condescendencia del general, replicaron que estaban muy ajenos de haberse convencido: que otra victoria como la última, sería su completa ruina y que ir á México sería ir al matadero. Por último, agotada la paciencia del general, cortó la disputa recitando un verso de un antiguo romance que dice vale mas morir con honor que vivir deshonorado; escitando de esta suerte un s.n-

timiento del cual participaba la mayor parte del auditorio, el que no obstante aquellas pasageras murmuraciones, no pensaba en abandonar la comenzada empresa, ni mucho menos á su caudillo á quien amaban apasionadamente. Los malcontentos, desconcertados por aquella repulsa, se retiraron á sus tiendas maldiciendo entre dientes y en voz baja al capitán que les había llevado allá, á los indios que le habían conducido y á los españoles que le toleraban. ¹

¡Cuán grandes fueron los tropiezos que encontró Cortés en su camino! ¡Un enemigo astuto y feroz; un clima extraño y á veces mortífero; enfermedades personales, agravadas por la ansiedad en que le tenía la manera con que el soberano recibiría su conducta; y finalmente, y no es esto lo de menos, disgustos y desaliento entre sus soldados, cuya union y constancia debían de servir como de punto de apoyo á la gran palanca con que intentaba subvertir el trono de Moteuczómal!

En la mañana del siguiente día, quedaron sor-

¹ Esta conferencia la refieren de diversa manera casi todos los historiadores. Véanse: Relacion segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 55. Oviedo, Hist. general de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3. Gomara, Crónica, caps. 51, 52. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 80. Herrera, Hist. general, Dec. 2, lib. 6, cap. 9. Pedro Martir, De Orde Novo, Dec. 5, cap. 2. Mas lo que yo he hecho es extractar lo que refiere Bernal Díaz, uno de los que oyeron el diálogo, aunque no tomó parte en él: razón precisamente para elegirle como la mejor autoridad.

prendidos los españoles al ver á unos cuantos tlaxcaltecas que se dirigían á los reales, y cuyas divisas blancas denotaban su misión de paz. Traían algunos víveres y algunos adornos de oro, que enviaba el general tlaxcalteca, quien cansado ya de la guerra, requería ahora de amistad á los españoles, á cuya presencia debía venir dentro de poco tiempo; lo que causó entre estos gran regocijo, recibiendo á los emisarios con las mas amistosas enhorabuenas.

Pasaron así uno ó dos días, en los cuales se ausentaron algunos indios del campamento cristiano, quedando en él cosa de cincuenta, los que comenzaron á despertar la desconfianza de Doña Marina. Al punto comunicó sus sospechas de que fuesen espías, á Cortés, el cual mandó que aprehendiesen á muchos de ellos y les tomasen declaración separadamente; de lo que resultó que eran efectivamente enviados por Xicotencatl para informarle del estado que guardaban los reales de los cristianos, pues se disponía á dar un asalto, para el cual iba á reunir todas sus tropas. Sabedor Cortés de tal cosa, determinó hacer con ellos un castigo que sirviese de escarmiento: mandó, pues, que les cortasen las manos, y en esta manera les envió al ejército de los tlaxcaltecas, para que les dijese "que podían venir de día y de noche y á cualquiera hora y que siem-